

RAFAEL AZCONA

Pobre, paralítico
y muerto

seguido de

El cochecito

Índice

Pobre, 9

Paralítico, 57

Muerto, 105

El cochecito, 151

Pobre, paralítico
y muerto

Pobre

Se despertó aterido, despegados los párpados por una claridad desusada, y tardó unos segundos en comprender lo ocurrido: el viento, que removía las tejas y se filtraba por los cañizos de la techumbre, había arrancado del ventanuco la cartulina del calendario que hacía las veces de cristal, y la heladora luz del amanecer inundaba la habitación.

Arrebujándose en las mantas cuarteleras, luchó contra su pereza, intentando reunir la necesaria voluntad para levantarse y reparar el desperfecto, pero unas campanadas, cayendo sobre el rumor del río, le hicieron recordar que aquella mañana era la del 22 de diciembre. Tenía que levantarse.

Salió de la cama ahogando una blasfemia. Estaba casi vestido, pero antes de alcanzar la muleta, que le esperaba junto a la cabecera, tuvo que calzarse unos chanclos de goma y alisar, entre la camiseta y la chaqueta, las hojas de papel de periódico que la noche y el sueño le habían apelonado sobre el pecho. Luego, ya apoyado en la muleta, se puso un chaquetón de cuero y una bufanda negra, y se acercó al cajón de madera que, con la cama y una silla de asiento de anea, constituía el mobiliario de la pieza. Rebuscó entre ropas viejas, latas orinientas, cajas de cartón y pedazos de metal, y recogió del fondo del arca dos talonarios de recibos y dos décimos de lotería.

En las tinieblas del pasillo resonaban unos ronquidos y olía a basura. Una voz de mujer preguntó:

—¿Ya sales?

—Sí, sí, salgo. ¿Qué leches pasa?

—Que no despiertes a la burra, que luego empieza a alborotar, se desvelan las criaturas y ya tenemos armado el mitin.

—Déjame en paz con la burra. Yo pago y no voy a salir de puntillas. Además, ¿por qué no la tenéis en una cuadra? No hay quien lo aguante... ¡La burra, la basura, la manada de hijos...!

En el portal le recibió una cálida bocanada de olor a estiércol y a transpiración animal. Se acercó hasta la bestia que descansaba en un rincón, y trató, sin conseguirlo, de orinarle en una oreja. Luego, le clavó la muleta en un ijar, hasta que los rebuznos se confundieron con las amenazas que brotaban del pasillo.

—¡A mí qué me cuentas! ¡Si le dieran más de comer no rebuznaría, que el pobre bicho se despierta de hambre! ¡Pues sí que está uno *apañao* con la burra de la madre que la parió!

La puerta lo asomó al descampado que moría en el borde del río. De la sierra de Toloño bajaba el cierzo cortante, que pasaba estruendoso por la chopera vecina. Cerca del Puente de Hierro, junto al carromato de unos húngaros, humeaba una hoguera. Al otro lado del río, a la altura del matadero, trepidaba una apisonadora.

Se ajustó la bufanda y caminó a lo largo de una hilera de casas miserables y de solares pelados, procurando no apoyar la muleta en los charcos helados. El frío atravesaba la ropa y las hojas de periódico, llegándole a la carne. Apresuró el paso. Quería llegar cuanto antes a casa de Fulgencio para entonarse y entrarle a la mañana con ánimo.

Junto al taller del herrador esperaban, con sus caballerías, unos hombres envueltos en mantas campesinas. Se detuvo un instante frente a ellos:

—Una limosna por amor de Dios, hermanos.

—Ande, ande, buen hombre.

Empezaba el asfalto; a la mitad de la cuesta estaba la taberna, con un resplandor amarillento sobre su rótulo. Al abrir la puerta le envolvió una nube de humo. Estaba restregándose los ojos cuando le saludó la voz de Fulgencio:

—Cómo se nota que hoy es tu día, ¿eh? ¡Vaya madrugón...!

Fulgencio luchaba con la estufa. En la mesa del rincón, unos empleados de la limpieza pública arreglaban una manga de riego y daban fin a unos bocadillos.

—A ver qué vida. Dame un orujo.

Mientras Fulgencio le servía la copa, sacó los talonarios del bolsillo y ofreció a los de la limpieza:

—¿Quieren algo de lotería? Se sortea hoy. De doña Manolita. Por probar no se pierde nada...

—No; se pierde el dinero.

—De todas todas.

Les volvió la espalda y se bebió la copa.

—Y tú, Fulgencio, ¿quieres otro duro?

—Deja, deja... Ya te he cogido diez pesetas.

—Pero a lo mejor toca.

—Está bien. Trae otro duro.

—Ahí va. Dame otra copa y la vuelta.

Entró un gitano. Traía una tijera de esquilar y se hacía el son con ella:

*Por la calle abajito
va el que yo quiero.
Y no le veo la cara
con el sombrero...*

Fulgencio le cortó, seco:

—Apaga la radio, majo, que no son horas. ¿Qué quieres?

—Una palomita, maestro.

Iban a salir, ya arreglada la manga de riego y apurado el porrón de vino, los de la mesa del rincón.

—Bueno, qué, ¿no se animan?

Uno de ellos vacilaba, y un compañero le aconsejó:

—No te fíes de los mangantes.

Intervino Fulgencio:

—Oye, que estás equivocado. Aquí, Venancio es un hombre. Ya ha pagado algunos premios... Pequeños, pero a tocateja.

El que luchaba con su tentación preguntó:

—¿De cuánto son las participaciones?

—De peseta y de duro. Y la voluntad, claro.

—Vengan dos pesetillas. Ahí van dos reales...

El gitano pareció alegrarse mucho al ver el número de la participación:

—Vaya si es bonito el gachó. ¿Me fia un duro, maestro?

—Que te lo fie tu padre. ¡Qué simpático...!

Se volvió hacia la puerta:

—Hasta luego, Fulgencio.

—Adiós, hombre. ¿Te queda mucho papel?

—No... Ya te dije que vendí una barbaridad en tu pueblo. Buena gente aquella. Ahora voy a la catedral, a ver a las beatas. Con la esperanza de que les toque el gordo, les cuesta menos dar limosna, ¿sabes?

—Anda, anda, que menudo punto estás hecho.

Ya había gente en las calles. Se empezaban a levantar los cierrres de algunas tiendas y cruzaban de un lado para otro, en sus bicicletas, las lecheras; el boticario de la esquina, acabada su guardia nocturna, se quitaba la bata en la puerta de la farmacia y requebraba a las chicas; ante una carnicería descargaba cerdos abiertos en canal un camión, y más allá una tahona olía a pan recién cocido.

—Una barra de peseta. ¿La cambiamos por lotería?

—Bueno... ¡A ver si nos das la suerte, hombre!

Bajo las torres que señoreaban la plaza del Mercado, las palomas volaban desde el pórtico de la iglesia hasta la fuente que enmascaraba unos urinarios, y sobre el suelo enguijado empezaban a extenderse las mercancías de los puestos de quincalla, de chatarra, de cerámica y de saldos.

Terminó de comerse el pan antes de llegar a la puerta del templo. Luego, sacudiéndose las migas de la bufanda, se acercó sin

Paralítico

El anciano paralítico don Lucas, apenas llegó su amigo, se puso a dar saltos en su butaca:

—¡Venga, hombre, que te estaba esperando como agua de mayo! Hala, hala, que me bajen a la calle. ¡Lucas, Fermín! ¡Que ya ha venido don Anselmo!

Llegaron los hijos de don Lucas:

—Ahora, papá, ahora. Petra está sacándole el brillo.

—¿La has visto, Anselmo? Una maravilla. De verdad.

Don Anselmo se acariciaba la recortada barbita, pensativo:

—No sé, no sé... A mí eso del motor me parece peligroso. A nuestra edad nunca se sabe...

—¿Peligroso? —Don Lucas se había enfadado—. ¡Que te digan, que te digan mis chicos cómo la manejo! Bueno, pero ¿la traéis o no?

Los hijos de don Lucas entraron en la sala empujando una silla de impedido. Nueva, resplandecientes sus níqueles, terso y brillante el hule del asiento, con su farol y su motorcito, la silla era en verdad una preciosidad.

—¿Eh? ¿Qué te parece? Hala, montadme, montadme.

Con cariñosa y quizás divertida solicitud, sus hijos le acomodaron en el cochecito. El júbilo de don Lucas inundó la habitación:

—¡Más cómoda que una butaca! Y, mira, Anselmo, mira si es fácil de manejar.

Comenzó a mover la dirección de un lado a otro, tocó la bocina, oprimió las palancas de los frenos.

—¿Eh? ¿Qué te parece? Ya no te tengo envidia, Anselmo. Ya verás, ya verás ahora en la calle. Hala, hijos, vamos abajo.

Lucas y Fermín levantaron en vilo la silla, y don Anselmo se inquietó:

—Pero ¿no es mejor que bajéis primero una cosa y después la otra?

—¡Ja! Yo ya no soy una cosa, Anselmo.

—Perdona, no he querido decir eso. Es que, no sé, me da miedo que tengamos un disgusto sin salir de la casa. Las escaleras son muy traicioneras, Lucas, y a nuestros años...

—Nada, hombre, nada. ¿No ves que es de aluminio? No pesa nada, ¿verdad, hijos? Ya te digo, todo aluminio.

El descenso se llevó a cabo sin que ocurriera ningún accidente, pero don Anselmo no estaba nada seguro de que las cosas siguieran marchando bien. Comprendía la alegría, la pueril pero razonable alegría de su amigo, el cual, después de haber estado encerrado muchos meses en casa, atado a un butacón por la parálisis, podía salir a la calle, al aire y al sol, pero sospechaba que sus hijos habían cometido un disparate comprándole aquel coche con motor. Nunca le habían inspirado confianza los chismes mecánicos, y una de sus nostalgias favoritas era la de los coches de caballos, en los que nadie moría tontamente.

La silla estaba ya sobre el asfalto. Don Lucas se negaba a que sus hijos le empujaran para hacer arrancar al motor:

—¡No, no y no! Quiero valerme yo solo.

El farmacéutico de la planta baja estaba en la puerta de su botica, contemplando la operación. Animó al paralítico:

—Vaya, don Lucas. Ahora lo va a pasar usted en grande, ¿eh?

Empeñado en la tarea de mover el manubrio, don Lucas no se enteró. El coche avanzaba premiosamente y su conductor desarrollaba un enorme esfuerzo. Don Anselmo sonrió sarcástico, pero de pronto el motorcito hizo unos ruidos, regularizó su petardear, y la silla, como si la empujara el mejor de los vientos, se deslizó por el asfalto, dio la vuelta al llegar a la esquina y se detuvo ante el grupo, todo con una andadura tan fácil y alegre que hizo exclamar al boticario:

—Pero ¡si es un Rolls!

Don Lucas apremiaba a don Anselmo:

—Vamos, vamos, que me muero de ganas de llegar al Retiro. Adiós, hijos, hasta luego.

—Ten cuidado, papá, que es el primer día.

Don Anselmo quiso librar a Fermín y a Lucas de toda preocupación, decirles que él se encargaba de todo, garantizarles que velaría por la seguridad del impedido, pero el impedido, que ya había arrancado, les gritaba:

—¡No seáis niños! ¡Tengo carnet de conducción de segunda clase, hombre!

Tuvo que echar una carrerilla don Anselmo para alcanzarle. Se cogió al respaldo de la silla, y don Lucas, contentísimo, empezó a hablar:

—Ya verás qué bien lo vamos a pasar ahora, Anselmo. Porque yo lo comprendo; eso de tener que ir todos los días a casa de un inválido para entretenerlo contándole lo que pasa por la calle tiene que ser muy aburrido. Tú lo has hecho, Anselmo, y nunca lo olvidaré. Pero ahora todo va a ser como antes, ¿eh?

Salieron a Bárbara de Braganza, y don Lucas enderezó la marcha hacia Recoletos. Sin darse cuenta de que su amigo iba a pie, el motorizado anciano conducía a una velocidad que, para los setenta y dos años de don Anselmo, por muy bien conservados que estuvieran, resultaba excesiva. Don Anselmo se lo hizo notar, con voz entrecortada:

—Oye... Lucas... No corras..., no corras tanto...

Se echó a reír el paralítico, y le dijo, con un repunte de malicia:

—Te cansas, ¿eh? Pues voy a paso de tortuga, amigo mío. Porque puedo sacar los veinte por hora, ¿sabes?

A don Anselmo le fastidió el tono de su amigo. Pundonorosamente, hizo un esfuerzo para hablar con normalidad:

—¿Cansarme? No, hombre. Es que... es que para pasear no hace falta correr.

El cochecito aflojó la marcha.

—Cógete, cógete al respaldo, que este motor puede con todo. Es una maravilla, Anselmo, de verdad. ¿Quieres creer que se va mejor que a pie? Mira, ya no me importa nada mandar en mis piernas o no mandar. Esto es un prodigio. Fíjate, fíjate qué completo es el coche.

Encendió el faro delantero, y luego el piloto rojo de la trasera. Volvió a hacer sonar la bocina. Frenó en seco:

—¿Has visto qué seguridad? Te lo digo, Anselmo, mejor que las piernas. ¡Hasta las calles se ven distintas!

Don Anselmo, poco a poco, se había irritado. Le fastidiaba la infantilidad de su amigo, y aunque seguía teniendo en cuenta la ilusión que debía proporcionarle el verse dotado nuevamente de movimientos, se le antojaba que la novedad estaba desquiciando en grado excesivo al parálítico. Tuvo que decirle:

—Mira, si sigues así, yo no me hago responsable de nada. Te has creído que este carricoche es...

—¿Carricoche? ¿Carricoche?

—¡Carricoche, sí! Aunque tú, que pareces un chico con zapatos nuevos, estés convencido de que es un automóvil de carreras...

Don Lucas despreció la estupidez de su acompañante. Puso en marcha la silla y se dedicó al monólogo:

—Lo llama carricoche... No, si este siempre ha sido un reaccionario... Carricoche, y cuesta tanto como una moto... Carricoche, y en cuanto se asegure el tiempo, me voy a ir a la Cuesta de las Perdices...

En su excitación había aumentado otra vez la velocidad, y don Anselmo, aunque remolcado, se sentía a cada instante más fatigado y furioso. Aquel cacharro había trastornado a su amigo; no había más que oír lo que decía. ¡A la Cuesta de las Perdices! Como si la Cuesta de las Perdices estuviera allá, a la vuelta de la esquina. Tres meses atrás había ido él a Argüelles, ¡y menuda paliza! No se había equivocado; los hijos de don Lucas habían cometido un grave error motorizando a su padre. Y, aparte de tal disparate, aún había más:

Muerto

Taladrando el rumor de la lluvia, se acercaban los estampidos de un motor de explosión. Doña Carmen abandonó su labor de costura y salió hacia el zaguán:

—Hala, Juliana, sirve la cena, que ya está aquí el señor.

Abrió la puerta. El faro de la moto iluminaba las densas cortinas de agua.

—¿Qué ha sido, Joaquín?

La moto quedó bajo el porche y don Joaquín se sacudió el impermeable.

—Toma.

Le tendía un maletín negro y alargado.

—Nada, que el Perico se ha dejado una mano debajo de la rueda de la camioneta.

—Vaya por Dios. Entra, entra.

El impermeable y los chanclos empezaron a encharcar los brillantes y rojizos ladrillos. Se asomó a la puerta de la cocina una criada vieja y malhumorada:

—¡Carmen, trae los huevos de una vez!

Cubriéndose la cabeza con las faldas, entró Carmen, cargada con una cesta:

—Vaya noche. Hola, papá.

Besó a don Joaquín en la mejilla húmeda y le dio la cesta a la criada:

—Toma, pesada. Y otra vez vas a salir tú a buscarlos. Está todo lleno de barro. Y en el gallinero entra agua, papá. Tienes que mandar que lo arreglen.

—Bueno, vamos a cenar.

Pasaron al comedor y se sentaron a la mesa, ya dispuesta. Sobre el plato de don Joaquín había una carta, abierta.

—¿Qué dice el señorito?

Se le notaba que intentaba disimular la alegría que le producía ver el sobre y la letra que lo llenaba. Doña Carmen fingió un enfado inexistente:

—Lo de siempre. Que necesita dinero.

Carmen miró a sus padres moviendo la cabeza:

—Yo no sé a qué viene este teatro cada vez que hay carta del niño mimado. Se os cae la baba a los dos leyendo las tonterías y los caprichos del nene. En cambio, una, aquí, haciendo de enfermera, aburriéndose en este pueblo asqueroso... Y él, en Madrid, dándose la gran vida, sin estudiar y ¡venga a recibir giros!

Llegaba, solemne, la criada con la sopera. La puso sobre la mesa, diciendo, como todas las noches:

—La llave del cuerpo.

Don Joaquín dejó la carta:

—No seas así, Carmen. Pepe estudia... Es que la vida está por las nubes y... Además, el chico es joven. Cuando estuve yo en su situación, todo el dinero era poco...

Carmen no contestó. Sorbía la sopa vorazmente, *como un animal en pleno desarrollo*, según frase de don Joaquín.

—No hagas tanto ruido, hija. No sé qué va a pasar cuando te vea comer la gente. Pensarán que no os hemos educado...

Doña Carmen tenía siempre este tipo de preocupaciones; a su hija le fastidiaba el respeto que su madre sentía por la opinión ajena:

—Ya lo sé, mamá. Pero me da igual.

—¡Qué hijos, Señor, qué hijos! ¡Si le hubiera contestado yo a mi madre así!

Terminaron la sopa en silencio, y cuando les sirvieron los huevos fritos con tomate, doña Carmen dijo a su marido:

—Menudo disgusto se habrá llevado la madre del Perico...

—Hombre, claro... Aunque la verdad es que, como está asegurado, se consolará enseguida. ¡Qué bestias son! Parece como si creyeran que les sobran las manos, los pies, la vida. No toman ninguna precaución, desprecian cualquier medida de seguridad. Y, claro, tres dedos menos...

Repiqueó el teléfono.

—Vaya...

Los tres atendieron a la voz de la criada:

—Sí, sí es la casa del doctor Navajas. ¿Cómo? Ah, sí... ¿Que está muy mal? Un momento, un momento, que ahora se pone don Joaquín.

Se levantó de la mesa, arrojando la servilleta con rabia, y cogió el teléfono sin atender a las explicaciones de la sirvienta, que se hacía un lío:

—Que hay un padre muy grave... Que está en no sé dónde de los ejercicios...

—Juliana, ¿qué pasa?

La criada entró en el comedor.

—¿Quién es?

—No sé... Un padre de no sé quién, que está muy malo... Que no sé qué de los ejercicios.

Carmen tradujo:

—Debe ser del convento. Algún cura, ahora hay muchos haciendo ejercicios espirituales.

Volvía don Joaquín:

—Qué noche, Dios mío. Me voy a ver. Parece que es grave. Un sacerdote con un ataque al corazón, dicen.

En el zaguán volvió a ponerse los chanclos y el impermeable. Salió al porche, se caló el casco y las gafas y puso en marcha la moto. Tuvo que volver a recoger su maletín. Doña Carmen le gritó, desde la mesa:

—Te esperamos, no tardes mucho.

Miró en el interior del maletín y tuvo que pedirle a su hija unos inyectables. Carmen los buscó en la clínica, y se los dio junto a un beso:

—Cuidado, papá. No te vuelvas a pegar una costalada, que eres muy mal enfermo.

—Adiós, hija. Si me retraso, os acostáis.

El haz de luz amarillenta del faro se estrellaba contra el muro de la lluvia, sin alcanzar las encaladas paredes de las fachadas, y las ruedas se hundían en los invisibles charcos levantando grandes abanicos de espuma. Atravesó el pueblo lentamente, pero deseando salir pronto a la carretera general; el asfalto, a pesar de lo resbaladizo que se hacía con la lluvia, era más cómodo. Tuvo que detenerse ante el paso a nivel y esperar a que pasara un largo y pesado tren de mercancías. El guardabarrera reconoció el ronquido del motor, y le gritó desde su caseta:

—¡Vaya noche, don Joaquín!

—Ya, ya...

—¿Qué tal su chico?

—Bien, Paco, bien.

Volvió a pensar, por enésima vez, si acaso no cometía un error haciendo de su hijo otro médico. Y, como siempre, se defendió de su temor considerando que Pepe era inteligente y decidido, y que, por tanto, quizás no se vería obligado a encerrarse en un pueblo. Y la medicina, ejercida en una gran ciudad, era una buena profesión; en Madrid estaba, sin ir más lejos, Marañón, que no tenía que ponerse a remojo encima de una motocicleta.

—Hala, ya puede seguir, don Joaquín.

Se alzaron las rojiblancas vallas metálicas, y atravesó las vías brillantes apoyando los pies en el suelo.

—Hasta luego, Paco.

—Adiós, adiós.

Salió a la carretera. En ella se notaba mejor lo intensamente que llovía, pues las finas y casi invisibles lanzas del agua, en lugar

El cochecito

Aquella mañana don Anselmo Olmedillo, habitualmente un caballero tranquilo y sosegado, bajó las escaleras de su casa a tumba abierta. Se lo dijo el portero, que era muy aficionado al ciclismo:

—Eche el freno, que baja usted a tumba abierta.

—¡Como que voy al cementerio! —se rio de su propia gracia el señor Olmedillo, mostrándole el ramo de crisantemos que llevaba en la mano.

Como siempre, a más prisa más impedimentos. Justo ante su portal, en la calle Malasaña, unos obreros abrían una zanja, en la carnicería un camión descargaba terneras abiertas en canal, dos amas de casa ocupaban la estrecha acera hablando de lo caro que estaba todo, un barrendero estuvo a punto de hacerle dar un trapiés con su escoba, la castañera de la esquina había salido de su caseta para limpiar el hornillo y, para colmo, una fila de peones cargados con unos inodoros le cortaron el paso cuando ya iba a salir a la calle de Carranza.

—Qué puñeteros...

El jubilado —don Anselmo llevaba ya siete años viviendo una merecida jubilación de maestro de primera enseñanza— volvió a reír pese a sus prisas, divertido por la ocurrencia de los peones: con las tazas de retrete sobre los hombros, como si fueran cascos, y con trozos de tubería bajo el brazo a guisa de lanzas, marchaban silbando la musiquita de aquella película, cómo se llamaba, hombre, ah, sí, *La marcha sobre el río Kuai*, su hijo había llorado viéndola, claro que Carlos era un poco bestia, creía que la paz era solo una pausa entre dos guerras y eso a don Anselmo lo encoraba. El viejo maestro encontraba más digna la actitud de aquellos muchachos que

hacían irrisión del heroísmo del coronel inglés y de la perversidad de los japoneses, las guerras eran siempre malas, incluso cuando las ganaban los buenos, y las películas bélicas, un trampantojo para que los jóvenes hicieran el servicio militar convencidos de que...

—¿Me cruzan? ¡Crúcenme, crúcenme!

El ciego quería cruzar la glorieta. En principio, don Anselmo se hizo el sueco —como se lo hacía todo cristo; ya no había civismo en el mundo—, pero luego, avergonzado, retrocedió y lo tomó del brazo:

—Venga.

—Qué gentuza —fue la fórmula de cortesía que empleó el ciego, dejándose llevar, para expresar a la vez su gratitud y su mala leche. Que la tenía, como se vio enseguida: estaban en la mitad de la calle cuando cambió el semáforo, y el señor Olmedillo, aturdido por los golpes de claxon y de frenos, e incapaz de dominar al encabritado invidente, que avanzaba y retrocedía blasfemando por todo lo alto, lo abandonó a su suerte y huyó perseguido por sus insultos:

—¡Cabronazo, hijoputa, mamón, vuelve aquí si tienes cojones!

Nada, estaba visto que no se podía ser buena persona. Y encima, el maldito ciego, con sus tropezones, le había descabezado la mitad de los crisantemos, pero claro, no era cosa de volver a la floristería. Su amigo Lucas, con el genio que tenía, debía de estar bramando por su tardanza; la verdad es que a veces el jubilado se preguntaba cómo podía seguir siendo amigo de aquel lechero cascarrabias, no había en el mundo dos caracteres más opuestos, él era de natural plácido y tolerante, tenía una cultura y amaba la pulcritud y el orden; Lucas olía a vacas que apestaba, era cerril como un mulo, y con su cara de vinagre se subía a la parra con el menor pretexto, aunque había que reconocer que no le faltaban motivos de amargura. En la guerra le habían fusilado a un hijo, y desde hacía tres años vivía en una silla de ruedas...

—¡Cuidado, que mancho!

El motocarro estuvo a punto de llevarse por delante a don Anselmo cuando cruzaba Cardenal Cisneros; por fortuna, todavía andaba bien de reflejos y saltó hacia atrás como impulsado por un resorte; lo malo fue que, en el mismo momento, de la vaquería salía un tratante llevando suelto un ternero, y aunque el anciano burló la inocente embestida del animalito con un quiebro de banderillero, el becerrete le tiró un viaje a los crisantemos y se llevó entre los dientes lo poco que quedaba de las flores: el señor Olmedillo miró a los dos lados de la calle, y con su manojo de hierba en la mano, cruzó con un trote borriquero hacia la GRAN VAQUERÍA Y LECHERÍA LA HIGIÉNICA, como proclamaba el presuntuoso letrero, decorado con motivos agropecuarios en unos bonitos azulejos.

EN EL despacho de leche —mostrador de mármol, relucientes vasijas de alpaca, calendario y fotos familiares detrás del mostrador—, Carmen, seca y cincuentona, atendía a una clienta en bata y bigudíes.

—Buenos días, Carmencita —saludó el señor Olmedillo.

—Pase, pase, que mi padre está hecho un azogue.

—Me lo imagino. Entonces, ¿han traído el cochecito?

Extendiendo mantequilla en media barra de pan, la hija mayor del lechero puso cara de víctima:

—En mala hora. Como loco está con el dichoso cochecito. Dios quiera que no tengamos un día de luto.

—Tranquila. Yo me encargo de todo —garantizó don Anselmo. Y avisó a la señora de los bigudíes—: ¿Es vino lo de la botella? Porque la niña...

La niña en cuestión, de nueve o diez años, bebía a morro de la botella que tenía en las manos. La madre le dio un pescozón y le quitó la botella:

—Esta sale a su padre.

—Aquí tienes. —Carmen le entregó el pan a la de los bigudíes—. Una peseta de mantequilla bien servida.

En la trastienda, un oscuro cuchitril que servía de oficina, Andrea, hermana de Carmen, algo más joven y con unas gafas de miope sin remisión, hacía sus anotaciones contables a la luz de un flexo.

—Buenos días, don Anselmo.

—Hola, Andrea. ¿Cómo estás?

—Ya ve. ¿Y usted? ¿Qué le pasa?

—He venido de prisa y, claro. —Don Anselmo se abanicó con el sombrero—. ¿Dónde anda ese hombre?

Andrea cerró el libro y se levantó para acompañar al visitante:

—En el patio. Si le digo la verdad, ya estamos arrepentidas de haberle dado ese capricho.

—Os dije que era una locura. Pero vosotras...

—Nosotras, con tal de que no dé la lata, lo que sea.

En el comedor de la vivienda, una muchacha regordeta hacía punto bajo una enorme Santa Cena cagada de moscas; don Anselmo, muy cumplido, se detuvo para interesarse por la chica:

—¿Y esta preciosidad?

—Pero ¿no se acuerda? Es Laureana, mi prima de Santander.

—Ah, claro, sin las gafas... —El anciano, paternal, le pellizcó la barbilla; luego, tras ponerse las gafas y echar una mirada de entendido a las carnes de la chica, comentó admirado—: Caray, cómo se ha puesto, está hecha una moza.

—Y que lo diga. Se nos casa esta primavera.

—Los jóvenes nos hacen viejos, Andrea.

—Sobre todo a usted —gruñó ella, picada.

—¿Y quién es el afortunado?

—El practicante del pueblo. Ande, que mi padre está impaciente.

—Sí, vamos, vamos —asintió, siguiéndola. Pero todavía se volvió hacia la muchacha—. Bueno, Laureanita, pues que seas muy feliz.

—Muchas gracias.